

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción: En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—**Condición:** El pago se hará siempre adelantado, en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.

Redacción y Administración, Mayor, 24

La correspondencia al Administrador

LOS ALIMENTOS

EL AGUA

Falsificaciones y adulteraciones.

El agua, tan necesaria para la vida como el aire que respiramos, es un líquido inodoro, incoloro y transparente.

Toda agua cuya potabilidad sea dudosa ó desconocida, debe rechazarse para beber y sólo emplearse en usos domésticos tales como lavado, etcétera, pues puede resultar nociva para la salud.

Las aguas no deben contener sustancias orgánicas, y en caso de que contenga alguna no han de ser patógenas; también da idea de la pureza, que no se enturbie al ser sometida á la ebullición y como resultado si se separa el agua de la ebullición, debe ser clara y transparente.

Tampoco debe alterar el color rojo de la tintura alcohólica del leño de campeche, (véase el *Estadío higiénico de las aguas potables de Madrid*, por D. Joaquín Omedilla, premiado por la Sociedad de Higiene).

El agua con marcado sabor dulce, amargo, ó que pesa en el estómago debe también rechazarse como perjudicial y nociva, así como la que cuece mal la carne, la que endurece las legumbres por la cocción ó la que disuelve mal el jabón formando grumos porque es selenitosa ó sulfatada.

Afirman algunos eminentes químicos, entre ellos Mr. Margot, que un agua debe tener un ligero olor ácido, enrojeciendo el papel tornasol, pero el elemento catódrico de la facultad de farmacia de Madrid D. Joaquín Omedilla y Puig, dice que en su concepto no debe entorpecer nada el papel tornasol.

Entre las aguas que podemos considerar como nocivas figuran las de lluvia que no estén filtradas ó que pasen por cañerías de zinc ó plomo, lo primero, por que al atravesar las capas atmosféricas recoge todas las impurezas que existen en ellas; lo segundo, por que pueden llevar en sus moléculas metales que son altamente perjudiciales por sus propiedades tóxicas.

Las de los pozos y aljibes que estén situados cerca de las habitaciones y las estancadas en lagunas ó pantanos por que en ellas puede existir el germen del paludismo y de otras enfermedades.

El procedimiento más perfecto para la purificación del agua es el de la

ebullición; también es excelente el de la pasteurización ó sea someterla á una temperatura de 60° por espacio de 30 minutos.

Un agua de calidad excelente puede contaminarse por la proximidad á sitios escusados y pozos, esto puede evitarse de la forma siguiente:

Se agitan fuertemente en un matraz 50 centímetros cúbicos de agua con 25 centímetros cúbicos de eter rectificado. Se separa después el eter por decantación; se evapora el agua con cuidado; si está contaminada por materias impuras, deja un depósito muy pequeño, cuyo olor denota su procedencia.

Un agua turbia que desprenda burbujas gaseosas, con olor desagradable es también nociva.

He aquí un medio sencillo de analizarla.

Se vierte en el agua una solución valorada de permanganato de potasa hasta colorarla; cuánta más cantidad sea necesaria de esta solución más materias orgánicas contiene el agua.

Cuando se hiele que un agua despidió olor aunque muy ligero, debe sospecharse en ella materias impuras.

Se ebulle del modo siguiente:

Se vierte agua en un matraz, se le pone al baño de María á 38° por espacio de media hora, se retira lavándose el matraz exteriormente, se agita, se destapa y se hiele; el persistir el olor debe rechazarse.

También puede contener el agua materias féculas en disolución esto se averigua adicionándole un poco de yodo; el no colorearse es que las contiene.

El agua que tiene que salir de algunas manantiales también es nociva; para conocerla se emplea el siguiente procedimiento:

Se añaden 100 centímetros cúbicos de agua con algunas gotas de ácido sulfúrico; se añade un pedacito de zinc; se vierte una disolución de almidón, si el agua es intillosa el agua resulta azul y debe rechazarse.

Existen otros muchos más procedimientos para verificar la pureza del agua, pero no los exponemos porque no es el objeto del presente capítulo.

CUENTO DEL SABADO

UNO DE TANTOS

acompañado del director había recorrido ya casi todas las dependencias del Manicomio.

Cuando llegamos al jardín me dijo: «Aquel que ve Vd. sentado junto á la fuente es poeta, y además un loco sumamente interesante.»

Yo le manifesté mi deseo de conocer á aquel desgraciado, y él accedió gustoso, si bien me hizo la siguiente indicación:

«Si le pregunta á Vd. que cómo tiene los labios dígame que muy fríos, y no le contradiga en nada, pues de lo contrario podría proporcionarnos un mal rato.»

«Yo prometí darle la razón, en todo, y nos acercamos á nuestro vate.

Era un hombre alto, robusto, de unos 25 años, de elegante figura y altivos movimientos. Sufría una grave afección á la vista, que á mi juicio, bien pronto le dejaría completamente ciego.

Hablé con él, le manifesté que yo también era poeta, por lo cual se mostró muy regocijado, y empezó á recitarme sus poesías, que no podían ser ni mejor versificadas, ni más tristes.

Yo me quedé tan impresionado por su curiosidad y el interrogue por que sus versos eran tan melancólicos.

El loco quedó extraviado de mi pregunta y después de mirarme de pies á cabeza, me dijo:

«Pero Vd. no conoce mi historia?»

«No,—respondí.

«Pero es posible? Voy á contarle la mía, y entonces comprenderá por qué son tristes mis poesías; pero antes me permitirá que le haga una pregunta,—y diciendo estas palabras se abrazó á mi cuello y me dió un fuerte beso en la frente. Aquel abrazo inesperado, hizo que un estremamiento recorriera todo mi cuerpo, creí que me ahogaba entre sus cariñosos brazos.

El febril que se apoderó de mí, no pasó inadvertido para el loco, que mirándome fijamente, me preguntó:

«¿Que le parecen á Vd. mis labios?»

Yo me repuse embargado y contesté: «Frios; muy fríos, helados como el mármol.»

El loco sonrió con satisfacción, y con voz hipócrita me contó su historia del siguiente modo:

«Yo me repuse embargado y contesté: «Frios; muy fríos, helados como el mármol.»

«Yo me repuse embargado y contesté: «Frios; muy fríos, helados como el mármol.»

Mayo es sin duda alguna el más hermoso de los meses, como Luisa era la más hermosa de las mujeres.

Conoció á Luisa en el mes de Mayo; en ese mes en que todo es solrisa, todo es vida, todo es poesía, en ese mes en que las flores abren sus corolas al ser suavemente arrulladas por la brisa; en ese mes en que los pajarrillos cantan con más armonía; en ese mes en que se espasma nuestra alma con las ansias del amor.

Luisa, era una mujer hermosa; con tanta gracia y encanto; que si fuera era arrogante, majestuosa, domadora.

Su cintura flexible como el junco, tenía los ojos negrísimo como la noche; eran vivos, inquietos, titilantes como dos luceros; unos ojos que reían, que reían continuamente; que parecían no saber llorar.

Sus cabellos eran negros, también y de reflejos azules, peinados de un modo inexplicable.

Sus mejillas, rosas. Sus dientes iguales como dos perlas, colocadas entre aquellos dos labios rojos, más rojos, que la quebe que oculta tras de sí al sol antes de ponerse á ocultar.

Nos quisimos mucho, muchísimo, tanto que creo no habrá nunca otro cariño como el nuestro.

Mas pasó el tiempo, y aquel amor fuerte que coloreó sus mejillas, empezó á debilitarse lentamente, mientras que estas se hundían lentamente en la tierra.

Y sus carnes, empesadas y hinchadas, se iban desmenuzando y cayendo. Y su boca, que antes era una sonrisa, se iba haciendo una línea que aumentaba cada vez más, era el brillo casi fosforescente de aquellos dos negros lumineros de su cara.

Y Luisa, ¡mi pobre Luisa! era una de estas hojas que bien pronto hablan de ser arrastradas por el soplo de la muerte.

Y pasaron algunos meses, no sé cuantos. Solo sé que llegó al Otoño y que los soplos de sus vientos barrieron las hojas caídas por debajo de los árboles, mientras que otros soplos más fríos, iban barrriendo otras hojas, por debajo del árbol de la vida.

Su vida se extinguía muy despacio; yo la veía apagarse como una luz que se apaga, sin querer resistirse á caer; no se separaba nunca de ella, como si estando á su lado, hubiera de impedir ese momento fatal que nos separaría para siempre.

Y, sin embargo, ese momento llegó. Una tarde fría de Noviembre,

mientras que allá tocando al horizonte ocultaba el sol su rojo postrero, se ponía también otro sol, un sol armonioso, magnífico, sublime, como ese sol que Dios creó para iluminar el día... Luisa había muerto. En el centro de la cámara funebre había un lecho y sobre él estaba Luisa, vestida de blanco y con una flor blanca también sobre el pecho. Había muerto, sí; pero la muerte que le arrebató la vida, no la pudo arrebatár ni su hermosura, ni la angelical sonrisa de sus labios purpúreos.

No estaba allí solo, junto á ella, rodeado de aquellos cuatro cirios largos y sudorosos, que extendían su luz incierta por toda la habitación. Y lloré mucho, muchísimo, allí, arrodillado junto á su lecho, estrechando, besando aquella mano blanca, tan blanca y tan nacarina como las conchas que guardan las perlas en el fondo de los mares.

Y no sé lo que pasó por mi mente... quise besar aquellos labios que no pude besar, en vida, temblando de emoción, me levanté y oprimí mis labios contra los labios fríos de Luisa. ¡Ma parió que los suyos se entrecubrieron! Una ola de sangre invadió mi cerebro... Como un automata, di algunos sin saber dónde... Y no sé más.

Solo sé que desde entonces sus cosas y sus cosas, me vienen á la memoria como si fueran cosas que recogieran de los ruidos y amoratados labios de Luisa.

III
Cuando terminó su narración, observé que gruesas lágrimas recorrían sus tostadas mejillas, sus palabras se habían sucedido con una rapidez vertiginosa, comprendí que estaba muy excitada y me quise acercar más; así es, que tras algunas palabras me separé de él profundamente impresionado.

«El solo tiene la culpa de este abandono; dice que á todos los mortales nos corresponde en el cielo una estrella, y que como Luisa era la más hermosa de las mujeres, su estrella ha de ser necesariamente, la más hermosa de todos los astros; y para los días contemplando al sol, pues según él,

desdó á sí la misma Luisa; por esto sufre este grave padecimiento.

Sali del manicomio muy preocupado por aquel infeliz. Al pasar por detrás de las tapias del jardín, se me ocurrió mirar por una de las brechas de hierro que daban á la calle, y vi al loco que sentado junto á la fuente y con los ojos fijos en el sol, próximo á ocultarse, entonaba una canción á la dueña de sus amores.

Antonio S. de la Ordeña.

Por Higiene

PREVENCIÓN

Las premiantes exigencias de la vida moderna obligan á las personas que trabajan, han engendrado en mí la plebea costumbre de madrugar mucho; apenas el sol comienza á dar las espaldas de las torres y va lentamente dibujándose en el horizonte; salto del lecho y una vez cumplidas las prescripciones de la higiene, asigo á la calle para comenzar mis cotidianas ocupaciones.

El caminar aprisa, no me impide fijarme en cuanto á mi vista se presenta: las grandes poblaciones se asemejan á las mujeres hermosas, hay que verlas recién levantadas de la cama, libres de aceites y composuras para mejor apreciar sus naturales encantos.

Cartagena es una población bella; el largo bombardeo del 73 la favoreció mucho en punto á estética, pues al demoler lo antiguo, lo vetusto, aquellos caserones que llevaban esculturas en sus muros grises, el sello de los siglos, surgió de las ruinas la ciudad moderna, alegre, sonriente, que ofrece sus hermosas galas á las caricias de la luz espléndida que amorosamente la besa.

«Pero Cartagena es también una población sucia, sólo por imperceceros defectos en ella inherentes, si no también por despreocupación y falta de cultura higiénica de los que la habitamos.

He visto todas las trifulcas, grandes montones de basuras depositados en sus calles, peligrosos focos de todas las inmundicias de un pueblo que despierta y que semejante al humano organismo elimina naturalmente todo aquello que le molesta ó perjudica.

El perro vagabundo, bota en los montones buscando apetitoso machar á su voracidad canina y al disemi-

tendió la muerte de crepón su manto; trocáronse las flores en abrojos, y así perdiendo la apacible calma se halló oprimida de dolor el alma.

¡Oh, qué tiempo de afán! allí un anciano en su casa, rodeado de sus hijos, aquí una madre llora, allí un hermano, y el huérfano que queda abandonado, y la esposa infeliz á que inhumano hado arrancó su porvenir amado, trocados miran sus risueños días en triste lloro y en cenizas frías.

En medio del amargo desconuelo que siente el corazón, doliente el alma alzó ferviente su oración al cielo, en él hallando lenitivo y calma, pues tú de Caridad feliz consuelo, luz del cristiano, de las reinas palma, mi ligas, celestial madre de amores, de tus hijos la pena y los dolores.

Por qué tú, gran Señora, el dulce nombre

de Madre nuestra recibiste un día al pie de aquella cruz en que el Dios hombre al morir nos pagó culpados redimidos, porque piagural Señor que al mundo nos com-
del mortal en la hora postrimera haciéndola por siempre medianera.

Por eso Cartagena en su quebrantado invocó con el alma contristada; y tú piadosa de su acerbo llanto, dirígate al Eterno la mirada; merced á ese tu ruego sacrosanto recobramos la paz tan deseada, que ruda con la Fé bajó del cielo trayéndonos salud para consuelo.

Y pues que contempla ahora de horrenda plaga que inundó sañuda sus muros de dolor, deja Señora que religiosa hasta tu templo acuda. A darte gracias va: hoy también llora, pero es de gratitud; de si no duda, y ferviente oración por eso eleva

una estela de amores sinceros, estela de liantos. ¡Que amores y lágrimas es difícil que por este mundo vayan separados! Mi viejo está triste, mi viejo ha llorado, Sus ojos están secos, ya altivos no miran, miran resignados. La hiedra ya crece en sus muros, ya crece, trepando por aquellas ruinas, por aquellas ruinas que más que los años, las ingratitudes han amontonado.

Pero ahora mi viejo está alegre, Yo ya sé á qué obedezco con cambio. Su nieta y muñeca, savia de su savia consuelo y amparo, al calor de sus besos de amor seco de sus ojos el llanto.

una estela de amores sinceros, estela de liantos. ¡Que amores y lágrimas es difícil que por este mundo vayan separados! Mi viejo está triste, mi viejo ha llorado, Sus ojos están secos, ya altivos no miran, miran resignados. La hiedra ya crece en sus muros, ya crece, trepando por aquellas ruinas, por aquellas ruinas que más que los años, las ingratitudes han amontonado.

una estela de amores sinceros, estela de liantos. ¡Que amores y lágrimas es difícil que por este mundo vayan separados! Mi viejo está triste, mi viejo ha llorado, Sus ojos están secos, ya altivos no miran, miran resignados. La hiedra ya crece en sus muros, ya crece, trepando por aquellas ruinas, por aquellas ruinas que más que los años, las ingratitudes han amontonado.

una estela de amores sinceros, estela de liantos. ¡Que amores y lágrimas es difícil que por este mundo vayan separados! Mi viejo está triste, mi viejo ha llorado, Sus ojos están secos, ya altivos no miran, miran resignados. La hiedra ya crece en sus muros, ya crece, trepando por aquellas ruinas, por aquellas ruinas que más que los años, las ingratitudes han amontonado.